

Inger Enkvist y Vicente Ribes Iborra

La conquista de América

España y el Nuevo Mundo
(1492-1580)

CÁTEDRA
HISTORIA/SERIE MENOR

Índice

INTRODUCCIÓN	9
El estudio de la Historia	9
DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA	17
Los Reyes Católicos	17
Después de la unidad del territorio, unidad religiosa	19
Carlos V	21
Felipe II	25
La guerra naval	26
Investigación y exploración	29
La burocratización de la exploración	32
EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA	37
Las islas del Caribe	37
Echarse al mar	37
El enigmático Colón	39
La llegada	43
La tripulación	46
Nuevos intentos de entender quién era Colón	49
Entender la primera fase de la conquista: Pedrarias y Balboa	54
LA CONQUISTA DE MÉXICO	61
Hernán Cortés	63
Moctezuma y Cortés	65
Teorías sobre la caída del Imperio de los mexicas	80

Las mujeres	84
Teorías sobre el descenso de la población	89
La encomienda	92
La esclavitud	94
Viajes de descubrimiento desde México	97
Los primeros misioneros	108
Leyes Nuevas de 1542 y del debate en Valladolid en 1550	115
Crónicas	120
Los virreyes	122
AMÉRICA DEL SUR Y EL PACÍFICO	127
América del Sur y la llegada de los españoles	127
La conquista del Perú	134
La minería	143
Fuentes de nuestros conocimientos del Imperio Inca y de la conquista	144
La conquista de Colombia	149
La conquista de Venezuela	153
La conquista de Chile	155
La conquista de la región del Río de la Plata	158
La vida diaria en los reinos sudamericanos	162
Viajes de exploración por el Pacífico y una base en Filipinas	164
La ruta de Indias	178
AMÉRICA, ESPAÑA Y LOS MITOS	189
¿Por qué no al revés?	189
La primera globalización	192
El ejemplo del colapso de los mayas	196
España como imperio	198
El oro y la plata de América	202
BIBLIOGRAFÍA	211

Introducción

EL ESTUDIO DE LA HISTORIA

Se ha dicho muchas veces que el pasado es un país extranjero y que las cosas se hacen de otro modo allí. Por eso, tiene un valor en sí hacer el esfuerzo mental de enterarse de cómo se vivía y pensaba en otra época histórica, es decir, «efectuar una estancia» en otra época. La Historia ofrece material para reflexionar sobre cómo las sociedades se crean, se mantienen y desaparecen, por lo que, ocupándonos de temas históricos, mejoramos nuestra capacidad de evaluar y ampliar nuestras propias referencias vitales.

Adentrarnos en el pasado, además, nos ayuda a escapar de cierto «provincialismo histórico». Por ejemplo, para entender el descubrimiento y la conquista española de América necesitamos saber lo que sucedía en otras partes del mundo y en primer lugar en Europa, y conocer lo esencial de la geografía europea y americana. Hemos de saber situar los acontecimientos en su contexto cronológico y geográfico.

Por otro lado, estudiar una disciplina supone hacerse con una técnica mental que mejora nuestro juicio y nos ayuda a matizar y a ver un mismo hecho desde varios puntos de vista, es decir, desarrolla nuestra flexibilidad mental. La comparación es el mecanismo fundamental del pensamiento, y cuanto más sabemos, tanto más mate-

rial tenemos a nuestra disposición para sacar conclusiones. Tener conciencia de la cronología es un avance intelectual importante, y para comprobarlo baste observar cuánto le cuesta a un niño aprender lo que es el tiempo. Tener un eje cronológico en nuestra mente nos ayuda a entender qué sitio ocupamos nosotros mismos en el tiempo y en el espacio.

La Historia nos asombra, nos provoca, nos entretiene y nos recuerda que todo podía haber sido de otro modo. La Historia nos da acceso a conocimientos que van más allá de nuestra memoria personal, y por ello supone una ampliación enorme de nuestro marco de referencia. El que nada sabe es manipulable.

El territorio, la historia y la lengua principal de un país forman una unidad, y esa unidad siempre habría podido salir de otro modo. Un país es el resultado de un sinfín de acontecimientos y casualidades que se van acumulando durante centenares de años. Quizá se pueda establecer una especie de paralelismo con el concepto científico de sedimentación, es decir, los granos de arena y los organismos muertos bajan al fondo del mar para constituir con el tiempo una capa relativamente sólida. El proceso es lento, nada está decidido de antemano, pero, al final, la capa tiene cierta composición.

Pensemos en lo siguiente: en el siglo xv, un grupo de naves se hicieron a la mar. Llegaron a unas costas lejanas donde, según uno de los viajeros, «las aldeas estaban aisladas y alejadas las unas de las otras [...] los habitantes llevaban ropa muy sencilla y no crecían hierba ni árboles [...] tanto los hombres como las mujeres tenían un pelo crespo [...] las lomas no estaban cultivadas y el paisaje abierto». Durante un tiempo se creyó que el propósito del viaje era pacífico pero, según la gran autoridad sobre el tema, la finalidad oculta era «comprar mujeres para el harén del emperador», lo que no dejaba de representar cierto peligro. Sea como fuere, la flotilla debía de haber inspirado temor: un centenar de castillos flotantes que llevaba consigo entre 20.000 y 40.000 hombres, de los cuales la mayoría eran soldados, imponía respeto. Obviamente, exigían regalos y no perdían ocasión de demostrar su superioridad. Al final, las naves volvieron a su puerto de origen y no fueron vistas nunca más. No se repitió el intento: resultaba demasiado costoso viajar de este modo.

Claro está, estamos hablando del periplo efectuado por el eunuco musulmán Zheng He, almirante de la armada china, y de sus viajes a la costa oriental de África en 1417-1419 y 1421-1422. Lo traemos a colación para probar que los viajes largos de exploración atravesando mares podían organizarse sin tener que vencer dificultades inmensas. El saber técnico para hacerlo existía en varios lugares, y los propósitos no siempre eran morales ni limitados a la investigación científica.

Parece que todo hablaba a favor de que Zheng He hubiera tenido el honor de haber puesto en contacto los diferentes continentes, pero fue a tres naves mucho más pequeñas, con tripulaciones más reducidas y con un armamento más ligero, a las que les correspondió ese honor —a pesar de haber llegado a un lugar muy diferente del que se habían imaginado.

La inserción de América en el resto del mundo, llevada a cabo por los españoles, puede considerarse una primera globalización, y esa es la importancia del descubrimiento para la posteridad. Habría sucedido tarde o temprano, aunque Colón como individuo no hubiera existido. Eso no disminuye nuestro asombro ante el hecho de que, entre 1492 y 1580, pequeños grupos de españoles hayan podido conquistar territorios quizá treinta veces más grandes que su madre patria. ¿Cómo fue posible y cómo sucedió? Estas son las preguntas a las que se quiere contestar en este libro, y con este fin se invita al lector a la aventura intelectual de adentrarse en otra época. La historiografía actual aconseja incluir las perspectivas de clase social, etnicidad y género. Hay pocas fuentes escritas por indígenas y por mujeres, y menos por mujeres indígenas, pero vamos a intentar ofrecer una idea amplia de lo que sucedió.

En esta época de rápidos viajes en avión, lo exótico ya no reside en el concepto geográfico sino en el histórico. El pasado se puede considerar un laboratorio de experiencias humanas que está a nuestra disposición. Nos asombra lo que sucedió, y nos pueden producir admiración algunos seres humanos por su resistencia, fortaleza o ingenio, y de otros nos puede horrorizar su maldad. Los conocimientos de historia permiten al lector entender mejor el mundo, y por eso negarse a aprender historia es como negarse a aprender a leer

o a escribir. Existe hoy una tendencia a rechazar el estudio de lo propio por considerarlo etnocéntrico y nacionalista y a mencionar y subrayar solamente lo negativo del propio país. Al mismo tiempo, solo se da énfasis a lo admirable de otros países, algo que se puede llamar «xenofilia», es decir, el amor por lo forastero.

España es un ejemplo interesante de todo ello. Es uno de los países del mundo con más edificios calificados como «patrimonio de la humanidad», y posee innumerables calzadas y teatros romanos, palacios y baños árabes, iglesias y monasterios cristianos, y castillos y restos artísticos del Siglo de Oro. Los nombres de las plazas y las calles reflejan su larga historia, y los ochenta millones de turistas que cada año visitan el país llegan por las playas, pero también se interesan por los monumentos históricos y artísticos. Aun así, hablar de la historia española en España se ha vuelto complicado. Ciertos intelectuales españoles ni siquiera quieren mencionar el país por su nombre, sino que dicen «este país» o «el Estado español». Y se utilizan poco las expresiones «mi país» o «nosotros, los de este país».

Una razón por la que se ha extendido tanto esta tendencia en España es la dificultad para saber qué actitud adoptar ante el descubrimiento y la conquista de América. No debe extrañarnos, ya que las consecuencias del fenómeno son tantas y tan variadas que a veces no resultan fáciles de identificar. Ya en la época misma del descubrimiento y conquista, y a instancias del mismo rey, los españoles empezaron a hacerse preguntas sobre qué actitud adoptar frente a los acontecimientos. Ese simple hecho en sí es asombroso, ya que ningún otro país conquistador se había mostrado tan autocrítico hasta entonces. Y ya en el siglo XVI se barajaban claramente dos actitudes opuestas.

Una de ellas afirmaba que los indígenas americanos llevaban una existencia bárbara y pagana, por lo cual les era beneficioso el aporte español de civilización y de misión. La actitud contraria presentaba la conquista como la destrucción de la forma de vida de unos seres pacíficos y nobles por una casta guerrera tiránica, codiciosa y sangrienta que mataba a los indígenas o los esclavizaba. Según la relación que tenían los diferentes países europeos con España, adoptaban una u otra versión. En la actualidad, lo que la mayoría de